

despertó nuevos sentimientos de orgullo bélico en Holanda y en Inglaterra: Marlborough fué agasajado como héroe nacional de ambas naciones y el emperador Leopoldo trató de identificarle con Alemania nombrando al lord inglés príncipe del Imperio germánico y regalándole como principado el señorío bávaro de Mindelheim que estaba situado en Sajonia (1).

En Londres y en el Haya triunfaba el partido de la guerra interesado en que el poder del aliado emperador se fortaleciera lo mas posible. Por mediación de Marlborough firmóse en 7 de noviembre de 1704, entre el gobierno austriaco y la esposa de Maximiliano Manuel que se había quedado en Munich, el tratado de Ilbesheim (en Landau), en virtud del cual la electora, instituida regente por su esposo, se obligaba hasta tanto que se firmase «la paz universal, que era de esperar seria en breve,» á entregar todas las plazas fuertes del territorio ocupadas todavía por fuerzas bávaras, á licenciar todas las tropas, á entregar todo el material de guerra y á demoler todas las fortificaciones de Munich, á cambio de lo cual solo se le dejaba para mantener su casa la recaudación de la capital bávara con sus rentas. Por este convenio, toda Baviera excepto la capital era de hecho entregada indefensa al emperador, y cuando pocos meses después la electora María Teresa salió de Munich, marchó á Italia á visitar á su madre, la reina viuda de Polonia, y se inició el levantamiento de los campesinos que hizo necesaria la adopción de nuevas medidas de seguridad por parte de las autoridades imperiales, el general Gronsfeld ocupó de improviso también la ciudad de Munich (16 de mayo de 1705).

Quiso luego la electora volver allí, pero los austriacos le negaron el permiso para ello. En cuanto á los jóvenes príncipes bávaros rodeóseles de una corte y dióseles una educación conforme á su categoría: un año después (mayo de 1706), el príncipe electoral, Carlos Alberto, y sus tres hermanos mayores fueron conducidos á Klagenfurt y luego á Graz, donde permanecieron prisioneros hasta 1715, siendo educados según á su elevada clase correspondía (2).

Así estaban las cosas cuando en 5 de mayo de 1705 falleció á la edad de sesenta y cinco años el emperador Leopoldo I.

Este soberano, que por espacio de cerca de medio siglo rigió los destinos del Imperio y de la monarquía austriaca, fué un príncipe de mediano talento, con frecuencia estimado en menos de lo que realmente valía, y de un carácter á todas luces noble; pedante y escrupuloso, tardó en tomar una resolución y sometido á favoritos no siempre bien elegidos y sobre todo á sus consejeros espirituales. En algunas ocasiones, su índole tenaz, perseverante, pasiva, recuerda la de su antecesor, el emperador Federico III. Su personalidad no ofrece verdadera grandeza histórica, pero colocado ante grandes alternativas por el destino, como acontece á todos los que han tenido una existencia larga y accidentada, se mostró capaz de importantes decisiones. Fué siempre fiel á sí mismo y á su estrella, y la suerte le favoreció á menudo de un modo inesperado. Murió dejando á su sucesor como herencia grandes éxitos y esperanzas aun mayores.

(1) Este efímero principado imperial de Mindelheim quedó borrado en 1714, por virtud de la paz de Rastatt, del número de «Estados» y nuevamente unido á Baviera. El nombre de Marlborough fué muy popular en Alemania durante largo tiempo, como lo prueba, entre otras cosas, lo que dice Schulte en su obra *El margrave Luis Guillermo*, tomo I, página 554: «No hace todavía cincuenta años que en las bodas de los campesinos westfalianos, cuando la gente se entusiasmaba, pedía que se bailase el *Marlborough*.»

(2) Heigel: *Fuentes y disertaciones*, pág. 169. N. F., pág. 205.

CAPITULO IV

EL EMPERADOR JOSÉ I Y LA GUERRA DE SUCESION ESPAÑOLA

Ocupó el sólo de la monarquía austriaca y del Imperio alemán un príncipe joven, en quien hacia muchos años tenían fijas sus miradas con gran espectación sus contemporáneos. Con José I surgió de la dinastía de los Habsburgos alemanes, en la última generación que precedió á su extinción, un personaje que es uno de los más simpáticos en la historia de la antigua familia (3).

Casi bajo todos conceptos fué tan distinto de su padre como en punto á disposiciones naturales y á temperamento lo había sido Maximiliano I del suyo, Federico III. Su hermosa figura diferenciable ya muy ventajosamente del flaco, enteco y feo Leopoldo I: cuerpo robusto y bien proporcionado, estatura regular, cabello rubio tirando á rojo, ojos azules y brillantes, nariz grande, cutis blanco, mejillas sonrosadas y ni la menor huella del labio inferior colgante que caracterizaba á los Habsburgos; tal es la descripción que un embajador veneciano hacia de su físico pocos años antes de ocupar el trono.

A esta semejanza corporal uníase la diferencia psíquica. José I había recibido una educación excelente bajo la dirección de un sabio mayordomo mayor, el príncipe Salm, sin que en ella se hubiese dado participación alguna á los jesuitas que, en todo lo demás, de tanta influencia gozaban en la corte de Leopoldo, y hacia los cuales y sus ambiciosos manejos sintió José desde muy joven marcada antipatía que no le abandonó en toda su vida. Así, habiendo intentado los de la órden poner en duda la ortodoxia de su confesor, sacerdote secular independiente, y obligarle á ir á Roma para responder de los cargos que se le dirigían, el joven príncipe declaró que, si tal sucedía, en pos de su confesor irían á la capital pontificia, y para no volver mas, todos los jesuitas del Estado austriaco (4).

Así había crecido el príncipe: bien educado, alegre, aficionado á los placeres y aun un tanto inclinado á la disipación; era un joven todo fuego, dotado de enérgico temperamento y muy penetrado de la grandeza de su posición y de su misión futura. Nacido en 1678, los años de su juventud habían corrido bajo la impresión del soberbio vuelo que tomaron los destinos de Austria desde la gran guerra turca de 1683; no contaba todavía diez años cuando fué coronado rey de Hungría y tres años después elegido rey de Romanos y futuro emperador (5). Apenas comenzó á fijar su atención en los asuntos políticos, despertóse en él marcada oposición á la dirección que entonces se imprimía en ellos y profunda antipatía hacia los ministros de la vieja escuela que tenían dominado al emperador; en cambio sintió gran admiración y gratitud por el príncipe Eugenio de Saboya, de quien fué decidido partidario. Poco á poco fuéronse agrupando en torno del joven sucesor al trono multitud de elementos partidarios de las reformas y de una política enérgica en el interior y en el exterior, los cuales en los últimos años del emperador Leopoldo ejercieron decisiva influencia en algunas resoluciones importantes, como en la de acometer la guerra de sucesión española y en el cambio ocurrido en el

(3) Biografías de José I de Zschackwitz (1712), Rink (1712), Wagner (1745), Herchenhahn (1786), Schroeckh (*Biografía general*, t. VI, página 251, 1787). Véanse, además, las conocidas obras de Arneth, Noorden y otras.

(4) Esta anécdota es de buen origen aunque algo tardío, pues la refería el emperador José II.

(5) Véase pág. 290.

verano de 1703 que puso al príncipe Eugenio al frente del departamento de la guerra.

El joven rey de Romanos meditaba grandes planes y acariciaba grandes esperanzas para el porvenir, opinando que el Estado austriaco y el Imperio alemán á él unido podían hacer mucho mas de lo que hasta entonces habían hecho. De lo que mas se cuidaba por el momento era de la conservación de todos los derechos hasta el punto de que cuando en 1703 su hermano menor, el archiduque Carlos, fué declarado heredero universal de la monarquía española y emprendió su expedición de conquista á España, insistió José para que se segregase de la sucesión española el ducado de Milan y se otorgase este antiguo feudo imperial al Imperio alemán y al emperador.

Animado de tales ideas, hízose cargo del gobierno aquel joven de veintisiete años, y el completo cambio de personas que realizó en todos los cargos palaciegos y públicos fué desde luego clara prueba de su firmeza de convicciones. Su antiguo ayo, el príncipe Salm, ocupó el puesto mas importante, como en otro tiempo y en situación análoga habíalo ocupado en Prusia Eberhardo de Danckelmann, y formaron el Consejo íntimo del nuevo emperador otros personajes afectos á las nuevas tendencias, como el vicescanciller bohemio, conde Wratislav, el conde Sinzendorf, el conde Schlick, el conde Lamberg, el advenedizo Juan Federico Sailern del Palatinado, hombre de grandísimo talento que del luteranismo se había pasado á la Iglesia calvinista y de esta á la católica, y otros. El príncipe Eugenio disfrutó de la mas absoluta confianza de José I, confianza que no pudieron quebrantar todos los ataques de que sus enemigos hacían objeto al de Saboya.

Inmediatamente se inició una política enérgica y activa en todas las esferas: rapidez y simplificación en los trámites de los asuntos que el príncipe en persona estudiaba; vigorosos trabajos para restablecer la hacienda que tan desquiciada estaba; cuidadosa inspección y fortalecimiento del ejército, tal fué la obra de aquellos hombres de Estado. Muy pronto se sintió en todo el Imperio que en Viena existía un régimen vigoroso.

José I tenía la mas alta idea de la dignidad y de los derechos de su cargo imperial y era bastante joven y bastante impetuoso para creer que también en este punto cabía hacer algunas reformas. Disolver la dieta de Ratisbona que hacia cuarenta años venia funcionando con escasos resultados y convocar otra, fué solución considerada como imposible de llevar á cabo; pero en cambio túvose por tarea que prometía grandes ventajas la de hacer entrar en actividad á los organismos perezosos, y por medio de la autoridad y de un partido imperial bien dirigido hacerles servir á los intereses de la política que el emperador había iniciado en pro del Imperio.

Las disposiciones de este género menudearon durante todo el reinado de José I, sin que pueda decirse que produjeran grandes resultados: lo que en tiempo de paz hubiera podido realizarse para resucitar en el Imperio el régimen imperial por medio de la Dieta era irrealizable en aquellos tiempos de confusión y de guerra y no hacia sino producir desconfianza é indignación en los círculos imperiales. El tono autoritario con que el gobierno imperial se dirigía á la Dieta y á los Estados del Imperio, con que censuraba algunas arbitrariedades tradicionales de aquella y rechazaba sus protestas, aumentaba mas bien las tendencias á la rebelión que á la obediencia. Viena no les tenía acostumbrados á aquel tono y por todo el Imperio circularon extraños rumores acerca de los vastos planes de dominación de aquel joven emperador á quien se atribufan los propósitos mas te-

merarios (1). En especial los severos edictos por medio de los cuales José I reprendió la negligencia, tan arraigada en ellos, de los Estados del Imperio en aportar sus contingentes al ejército imperial y en hacer efectivas sus contribuciones de matrícula amenazando con la ejecución á los que dejaran de cumplir estos deberes, causaron profundo disgusto sin producir el efecto que se deseaba, y lo propio sucedió con la intencionada y sistemática práctica del nuevo gobierno de Viena de aprovecharse de la momentánea cesación de la Cámara imperial, á consecuencia de visitaciones y otras causas, para extender la competencia del Consejo áulico imperial de Viena mucho mas allá de los límites tradicionales.

La corte de Viena al provocar también con Prusia conflictos de esta clase mostraba mayor consecuencia que talento político. El rey Federico I cumplía lealmente, y aun mas allá de aquello á que estaba obligado, los deberes militares que para con el emperador le imponía el tratado de 1700, y por otro lado, una parte considerable del ejército prusiano estaba á sueldo de las potencias marítimas y por tanto coadyuvaba también á la causa de la Gran Alianza. Es muy posible que Prusia estuviera en descubierto como tantos otros Estados del Imperio en punto á su contingente para el ejército imperial, pero aun siendo esto así, no era prudente dirigir por este motivo órdenes altaneras á un aliado indispensable y tratarle en el tono imperativo de emperador.

La Gran Alianza no estaba completamente segura, ni mucho menos, de los contingentes prusianos no estipulados (2). Las complicaciones en el Norte hacíanse cada dia mayores y mas peligrosas. Carlos XII había penetrado en Polonia, tomado á Varsovia y dispersado el ejército polaco-sajon en la batalla de Clissow trabada en 19 de julio de 1702, y después hablábase hecho fuerte en Prusia apoderándose de Thorn y de Elbing, amenazando á Dantzig y poniendo enfrente del odiado monarca Augusto II otro rey en la persona de Estanislao Leszczyński, vaivoda de Posen completamente sometido á su voluntad (julio de 1704). Encarnizada era la guerra que se sostenía en los territorios polacos de Lemberg hasta las costas del Báltico y no menos agitadoamente luchaban en aquel teatro de la guerra los proyectos y combinaciones de los diplomáticos. Trazáronse distintos planes de desmembración de Polonia con la particularidad de que los apoyaba Augusto II, el rey polaco legítimo que por elección había sido elevado al trono, y por otro lado oíase hablar de proyectos de división de las provincias suecas entre las potencias septentrionales vecinas. ¡Qué extraño, pues, que en Berlín renacieran antiguos deseos y esperanzas! No faltaban en aquella corte ganas ni pretensiones justificadas y el gobierno de Federico sostuvo en aquellos años múltiples negociaciones para lograr de un modo ú otro una buena parte de botín en el Norte. A este efecto trató de entenderse con Carlos XII, y fracasada esta tentativa sintióse inclinado á ponerse de acuerdo con Augusto II de Polonia á costa de Suecia. En Berlín adquiría cada dia mas fuerza el convencimiento de que la política prusiana seguía mal camino poniendo todos sus recursos al servicio del emperador y de la Gran Alianza y contemplando, mientras tanto, en impotente neutralidad como los suecos se afirmaban en la Prusia Occidental y en Polonia y los rusos en Livonia y en la Ingria, y como todas las

(1) Véase el nuevo folleto «Últimos consejos ó testamento político de un ministro del emperador Leopoldo I» que inserta Droysen en su *Historia de la política prusiana*, tomo IV, pág. 249. Ese documento fué escrito, según se dice, en vida del emperador, pero me parece muy dudosa su autenticidad, pudiendo muy bien acontecer con él lo que con la citada memoria de Stralendorf, de 1609.

(2) Véase Noorden: *La política prusiana en la guerra de sucesión española* (Revista histórica, de Sybel, tomo XVIII, pág. 297).

potencias, excepto Prusia, se apercebían á decidir de los destinos del Norte.

Pero Prusia estaba unida á la Gran Alianza por lazos demasiado fuertes, pues si bien tenía un ejército poderoso, en cambio el estado de su hacienda era por todo extremo lamentable. Las prodigalidades de Federico I y los dispendios del innoble favoritismo de Wartenberg consumían sumas fabulosas y sin los subsidios anglo-holandeses hubiera sido imposible sostener el ejército. Por esto la política prusiana estaba á la merced de los opulentos aliados, los cuales querían á toda costa que Prusia se mantuviera neutral en el Norte y que los tan estimados regimientos prusianos no fuesen retirados del Rin, ni de Bélgica, ni de Italia, para ir á luchar en los países septentrionales por sus propios intereses. El joven reino se había vendido á las potencias marítimas, y estas persistían en mantener el compromiso. Cualquier movimiento que se hiciera en Berlín del cual pudiera deducirse algún indicio de tendencia á tomar parte en los disturbios del Norte era visto con gran descontento en Viena, en Londres y en el Haya, cuyos gobiernos no dejaban de manifestar de un modo evidente su desagrado. Marlborough en persona se presentó dos veces en Berlín: la primera durante el otoño de 1704, algunas semanas después de la victoria de Höchstadt-Blindeheim, consiguiendo entonces aquel general cubierto de gloria y astuto diplomático que Prusia enviara á Italia un nuevo cuerpo de ejército de 8,000 hombres, con lo cual, según decía entonces desde Berlín el embajador inglés lord Raby, quedarían destruidos en sus gérmenes los impulsos de la corte prusiana para hacer en el Norte una política independiente. Habiéndose reproducido el peligro al año siguiente, apareció segunda vez en Berlín Marlborough (diciembre de 1705) y también entonces, á pesar de que presentaban los asuntos del Norte un aspecto cada día más amenazador para Prusia, el prudente inglés consiguió que la Gran Alianza se sobrepusiera á los verdaderos intereses del Estado prusiano. En efecto, mientras el poderío de Carlos XII adquiría colosales proporciones y el último ejército polaco-sajón de Augusto II era completamente dispersado por los suecos en la batalla de Fraustadt, un nuevo cuerpo prusiano de refuerzo, compuesto de 4,000 hombres, se ponía en marcha en dirección á Lombardía.

La política prusiana, en los siguientes años de gobierno de Federico I, no renunció por completo á las tentativas para conseguir una acción independiente en los asuntos del Norte; pero nada logró: todos sus esfuerzos se parecían al aleteo del pájaro prisionero en fuerte lazo. Al propio tiempo no podían ocultarse á la corte de Berlín los grandes peligros que suscitaba su intervención en el conflicto sueco-polaco: era imposible prever el resultado de aquellas luchas en el Norte, y la enérgica participación que en ellas tomaba á la sazón el zar hacía que las cosas se presentaran mucho más complicadas y amenazadoras que en las anteriores guerras (1). De aquí que Prusia se conformara con dedicar todas sus fuerzas á la empresa acometida en el Occidente. Aun prescindiendo de la cuestión de los subsidios de las potencias marítimas que le eran indispensables y que á menudo satisfacían estas con retraso, el rey Federico I tenía también su fin político propio en la guerra del Oeste de Europa, y era el de asegurar los derechos sobre la herencia del de Orange por medio de una intervención activa en los sucesos que se desarrollaban en el Bajo Rin y en Bélgica. Este objetivo, como era natural, ocupaba lugar muy secundario en los planes de las grandes potencias aliadas, y en Holanda, sobre todo, los ele-

(1) Véase el dictamen de Ilgen, de octubre de 1705, en Ranke, tomo XXVI, pág. 474.

mentos gobernantes no veían, y se comprende, con muy buenos ojos la perspectiva de que el rey de Prusia pudiera pretender apoderarse, en calidad de heredero, de la soberanía de los Orange. Temían su poder y estaban dispuestos á combatir y destruir su derecho por cuantos medios tuvieran á su alcance.

Los miembros de la Gran Alianza procuraban más bien con toda intención que la situación de Prusia en la guerra, puesto que no podían prescindir de su cooperación, no pasase de los límites de simple potencia auxiliar con la menor cantidad posible de derechos políticos propios; y la verdad es que en el fondo consiguieron este propósito durante el reinado de Federico I. El Estado prusiano había sido desviado del camino natural de su política, y en los senderos adonde lo habían llevado se le utilizaba, mientras se podía, como vasallo servidor de los intereses anglo-holandeses é imperiales. El rey Federico I comprendía perfectamente lo peligroso y poco honroso de la situación de su Estado; pero faltábanle la fortaleza y la resolución necesarias para romper valerosamente la red en que le habían envuelto: este acto de energía estaba reservado al brazo vigoroso de Federico Guillermo I. Federico I continuó siendo amigo de la Gran Alianza, sus regimientos prusianos combatieron gloriosamente en todos los campos de batalla, en Höchstadt, en Turin, en Ramillies y en Malplaquet; pero sus relaciones entre él y sus aliados fueron siempre las que nacen de una mútua desconfianza.

Sus discusiones enconadas, con la corte imperial sobre todo, eran continuas: cada manifestación de la arrogancia imperial y el tono, hasta entonces inusitado, con que José I trataba los asuntos del Imperio, molestaban lo que no es decible á la corte de Berlín: con razón indignábase esta cada vez que desde Viena se la apremiaba para que hiciera efectivo el contingente imperial que en virtud de la matrícula le correspondía, cuando en realidad tenía Prusia 30,000 hombres aproximadamente al servicio de los aliados. A las sutilezas imperiales contestaban los de Berlín con otras sutilezas, sobre todo en la Dieta, donde se hacía tenaz oposición á todas las proposiciones del emperador, produciéndose por todas estas causas una serie de rozamientos en los que llevó la peor parte Prusia, que había empeñado su espada y su libre albedrío y no tenía la fortaleza suficiente para recobrarlos con un acto de energía.

La política imperial de José I tenía que contar siempre con el elector de Brandeburgo, y en este punto la corte de Berlín le ponía á menudo en una posición difícil, mientras otros dos electores del Imperio, Maximiliano Manuel de Baviera y su hermano José Clemente de Colonia, estaban completamente vencidos y sentían todo el peso del derecho y de la justicia del emperador.

La resolución adoptada por la corte de Viena de decretar la proscripción imperial contra los dos rebeldes hermanos y confiscar sus feudos imperiales databa ya de los últimos años del reinado del emperador Leopoldo, el cual, sin embargo, recomendó, al parecer, que en lo tocante á la persona del príncipe bávaro, tan de cerca emparentado con la familia imperial, se le guardasen los mayores miramientos. El joven emperador, por el contrario, se hallaba libre de estas consideraciones y solo veía en su cuñado Maximiliano Manuel y en el hermano de este dos rebeldes traidores al Imperio que al fin habían sido completamente derrotados y debían sufrir por tanto las consecuencias de sus actos. El derecho del emperador á instruir el procedimiento de proscripción estaba bien fundado: Maximiliano Manuel al apoderarse de las plazas de Ulm y Ratisbona se había hecho reo de violación

de la paz, y los dos hermanos luchando al lado de Francia después de declarada la guerra imperial, habían cometido el delito de rebelión contra el emperador y contra el Imperio, y merecido el castigo de la proscripción (1). Y si este severo castigo llevaba como consecuencia un aumento de la soberanía del emperador en el Imperio y una adquisición de territorio para Austria á costa de Baviera, razón de más para que José I procediera sin miramiento alguno. Había, por otra parte, de por medio otros intereses personales: el elector Juan Guillermo del Palatinado especialmente veía en la destrucción de su primo bávaro la ocasión tan ardentemente deseada de indemnizarse de una antigua expoliación y esperaba que, en caso de procederse á una desmembración de los territorios electorales bávaros, podría recuperar para la casa palatina el Alto Palatinado que había perdido por la paz de Westfalia, el condado de Cham y el antiguo puesto que ocupara en el Colegio de electores (2), todo lo cual consiguió, aunque solo temporalmente, en 1708.

En el otoño de 1705 ocurrió en Baviera el levantamiento popular que tantas ramificaciones tuvo contra la odiada dominación extranjera de las autoridades austriacas, tanto más odiosa á los ojos de los bávaros cuanto que las tropas imperiales que ocupaban el territorio y con gran dureza trataban á la católica población componiéndose en su mayor parte de contingentes protestantes, prusianos, dinamarqueses, wurtembergueses, etc.; pero lo que en 1703 habían conseguido los tirolese era infinitamente más difícil de lograr en las planicies bávaras; así es que después de unos pocos triunfos alcanzados al principio por los sublevados, la rebelión fué rápida y sangrientamente sofocada, quedando desde entonces el país más á merced todavía del despotismo militar de los vencedores. Y como por algunas cartas que se interceptaron se vino en conocimiento de que el elector Maximiliano Manuel estaba en connivencia con los jefes del levantamiento, el emperador se creyó con tanto mayor derecho á proceder contra él sin contemplación alguna.

La proposición que pedía la proscripción fué presentada ya al Colegio de electores en febrero de 1705 y aprobada por unanimidad, por supuesto sin los votos de Baviera y Colonia, en noviembre de 1705. En el caso de caballeros del palacio imperial de Viena y con todas las ceremonias prescritas decretóse solemnemente la proscripción de dos príncipes del Imperio: el emperador ocupaba elevado trono y estaba rodeado de los dignatarios de su corte; por orden suya adelantóse el vicecanciller conde de Schonborn y notificó la sentencia del emperador que había resuelto «ejercer por esta vez su oficio imperial de juez supremo desde su trono que habitualmente era sólo de clemencia.» Se leyeron íntegramente las dos sentencias, comenzando por la dictada contra el elector de Colonia, en las cuales se enumeraban uno por uno y se calificaban con las palabras más duras todos los crímenes á consecuencia de los cuales se decretaba la proscripción en sus dos grados contra los culpables, se les desposeía de todos sus territorios, regalías y dignidades y se les «excluía y arrojaba» del número de Estados del Imperio. Hecho esto, fueron entregadas copias auténticas de las cartas de feudo de los dos príncipes al emperador, el cual las rompió por la mitad arrojando los pedazos al suelo, y luego se adelantaron dos heraldos que recogieron los documentos anulados, los rompieron en pequeños pedazos y arrojaron estos á los fosos del castillo, «para que

(1) Véase la discusión de las cuestiones de derecho á este asunto referentes en el trabajo de J. Froboese: *Declaración de proscripción de los electores de Baviera y de Colonia*, 1706; Goettinga, 1874.

(2) Véase pág. 20.

así como aquellos trozos lanzados al viento quedarían destruidos al caer revoloteando en tierra, del mismo modo se borrasen los nombres y el recuerdo de los proscritos.» El vicecanciller anunció por último que respecto de José Clemente solo se efectuaba la confiscación de los feudos, porque su carácter sacerdotal no permitía otra cosa, y nadie podría, por tanto, poner las manos sobre su persona; en cuanto á Maximiliano Manuel, «su desgraciado cuerpo quedaba á merced de todo el mundo, pudiendo cualquiera atentar contra él sin temor á ningún castigo.» Después los heraldos del Imperio leyeron á son de tambores y trompetas la sentencia en la plaza del castillo y en otros dos puntos de la ciudad delante de todo el pueblo, con lo cual quedó terminada la ceremonia (3).

Esta fué la última vez que se declaró solemnemente la proscripción contra un príncipe alemán del Imperio. Algunos días después la sentencia fué comunicada oficialmente á la Dieta y públicamente notificada en Ratisbona por los heraldos imperiales (4).

Contra aquel procedimiento no se formuló una oposición seria en cuanto al fondo del asunto y aun los mismos condenados, no protestaron de la legalidad de la sentencia hasta 1711 con motivo de la elección que debía verificarse por haber muerto José I. Únicamente en la Dieta el Colegio de electores hizo algunas enérgicas objeciones no al fondo del fallo, sino al hecho de no haber solicitado el emperador, además del consentimiento de los electores, el de los príncipes. Esta pretensión no estaba del todo justificada dentro del derecho imperial (5), pero como uno de los que con más empeño la sostenían era Suecia y como el emperador José estaba dispuesto á todo con tal de no verse en un conflicto con el rey sueco Carlos XII tan fácilmente irritable, la queja en vez de ser rechazada fué incluida en las negociaciones anudadas en 1709 para redactar una «capitulación electoral permanente,» que no quedó terminada hasta 1711, es decir después de la muerte de José (6). Entre las nuevas é importantes disposiciones, además de la que preceptuaba que en lo sucesivo solo en casos de necesidad apremiante se procediese en vida del emperador á elegir rey de Romanos, había una serie de artículos difusos y pesados acerca del orden que debía seguirse en el procedimiento para decretar la proscripción imperial, por virtud de los cuales se establecía que para ello se necesitaba el concurso de los tres colegios de que se componía la Dieta. De este modo quedó la cuestión resuelta con una ley imperial decretada en forma, cosa no muy frecuente en la historia de la legislación del Imperio

(3) El texto de las dos sentencias ha sido publicado en varias obras, entre ellas en el *Vitriarius illustratus* de Pfeiffinger, tomo III, pág. 541; en la misma obra, pág. 568, se describe minuciosamente la ceremonia.

(4) En los años siguientes decretóse en Italia la proscripción del duque de Mantua (1708) y la del príncipe de Mirandola (1709). La tentativa que se hizo posteriormente (1757-1758) de decretar la proscripción imperial fracasó, entre otras razones, porque el emperador no se había ajustado en su procedimiento á las formas constitucionales (Schafer: *Historia de la guerra de los siete años*, tomo II, pág. 198; Thudichum: *El proceso de proscripción contra Federico el Grande y sus aliados*, 1757 y 1758, Tubinga, 1892).

(5) Según la nueva costumbre imperial (téngase en cuenta que sobre esto no existía legislación propiamente dicha) solo se convocaba al Colegio de electores para pedir su asentimiento en las declaraciones de proscripción. Véase Froboese, obra citada, pág. 64.

(6) Aunque esta Capitulación electoral de 1711 se llamó permanente, no lo fué en realidad, pues aunque sirvió de base en todas las posteriores elecciones de emperador, fué cada vez objeto de modificaciones. Véase Heinrich: *Historia del Imperio alemán*, tomo VII, pág. 627; Eichhorn: *Historia del Estado y del derecho alemanes* (4.ª edición), t. VI, página 603. El documento puede verse en la *Chancillería de Estado europea*, tomo XVII, pág. 690; *Colección de actas de las deliberaciones de la dieta*, tomo IV, pág. 233.

aleman; pero hay que decir también que cuando la ley existió no fué nunca prácticamente aplicada.

El emperador, conforme esperaba, había desposeído para siempre por medio de la proscripción imperial al elector Maximiliano Manuel de su dignidad de príncipe del Imperio y de su soberanía: el levantamiento popular bávaro había sido vencido y generales y funcionarios austriacos gobernaban aquel país, pero á pesar de esto vióse desde luego que era irrealizable la anexión del territorio electoral bávaro que al principio había entrado en sus planes. La cesión de Baviera á la casa de Austria por medio de una infeudación imperial hubiera producido por parte de todos la oposición más enérgica y José I no se creía en situación de resistirla. Pero si esto no, intentóse inmediatamente el fraccionamiento de Baviera en interés de la política imperial: el emperador pretendió para sí la mayor parte del círculo bávaro de Inn; á los obispos de Salzburgo, Passau y Augsburgo y á la ciudad imperial de Nuremberg se les cederían otros territorios; al elector del Palatinado se le restituiría, como hemos dicho, el Alto Palatinado y el condado de Cham; la ciudad de Donauwörth, de la que cien años antes (1607) se había apoderado violentamente Baviera, recuperaría su condición de ciudad imperial libre dentro del círculo suabio; y además de todo esto el emperador cedería á su favorito, el conde Lambert, el landgraviato de Leuchtenberg y á otros muchos ministros suyos extensos dominios del botín bávaro. Pero por de pronto no pudo pasarse de aquí, porque en los debates que suscitó la capitulación electoral los Estados del Imperio manifestaron terminantemente que el emperador no tenía el derecho de confiscar á favor suyo los territorios de un príncipe proscrito. La cuestión del porvenir de Baviera no podía resolverse sino enlazada con las futuras negociaciones para la paz general.

Entretanto la guerra continuaba. La batalla de Hochstadt fué la última gran acción decisiva que se trabó en territorio alemán: los más importantes hechos de armas de los años siguientes ocurrieron en campos de batalla muy distantes de Alemania.

No hemos de describir minuciosamente los sucesos acaecidos en España, adonde el archiduque Carlos había sido llevado como pretendiente á toda la herencia española y sin recursos propios por las potencias marítimas aliadas, Inglaterra y Holanda y también por Portugal (1). Con ayuda de estas entró en la península en el otoño de 1705, conquistando á Cataluña, única provincia adicta á la casa de Habsburgo, y fijando su residencia en Barcelona. Durante algún tiempo la suerte pareció favorecerle, él por su parte mostrábase valeroso y resuelto (2), y en junio de 1706 pudo entrar en Madrid como rey Carlos III. Mas estos éxitos fueron efímeros: las simpatías de la mayor parte del pueblo español, especialmente de los castellanos, eran para el Borbon Felipe V; así es que en cuanto menguó el poderoso auxilio de los ingleses, el Habsburgo perdió todas las ventajas conseguidas y hubo de limitarse á la posesión de Cataluña y de su capital Barcelona. En 1708 fué enviado á España con un pequeño cuerpo de tropas imperiales el general que había probado en treinta campañas su valor y su pericia, el feldmariscal Guido de Starhemberg, para ver si así podía torcerse el curso de la fortuna en aquella guerra. El Gran Capitán, como llamaron sus partidarios españoles á aquel caudillo recordando á Gonzalo de Córdoba (3), consiguió importantes victorias,

(1) Landau: *El emperador Carlos VI como rey de España*. Stuttgart, 1889.

(2) Guido de Starhemberg, pág. 442.

(3) Arneth: *Guido de Starhemberg*, pág. 629.

abriendo de nuevo á Carlos III el camino de Madrid, cuya población le recibió, como la primera vez, con el silencio profundo de irreconciliable antipatía (setiembre de 1710). Ganó también la sangrienta batalla de Villaviciosa (10 de diciembre de 1710) sobre las fuerzas superiores hispano-francesas que mandaba el duque de Vandoma (4); pero su gran pericia no bastó á vencer las circunstancias desfavorables que en toda España se manifestaban. La muerte del emperador José, acaecida al año siguiente, y el regreso de Carlos á Alemania produjeron un cambio político general que muy pronto destruyó todas las probabilidades de implantación de la monarquía de los Habsburgos en España por mucho interés que Carlos sintiera personalmente por este país. En 1713, Starhemberg llevóse las tropas imperiales de Cataluña, región que conservaron los austriacos hasta el último momento.

Si en España las fuerzas de la Gran Alianza no lograron derrocar la dominación francesa, en cambio obtuvieron grandes triunfos en los territorios españoles de fuera de la península, territorios cuya posesión era para los aliados casi tan importante como la de la misma nación matriz.

Pero no consiguieron tales triunfos en seguida. Los aliados comenzaron la campaña de 1705 con grandes proyectos que no pudieron ser realizados. La esperanza de Marlborough de llevar la guerra á Francia y penetrar en el país enemigo por el Mosela y por el Saar quedó frustrada. Reducido el general inglés á sus propias fuerzas anglo-holandesas y sin recibir ayuda suficiente de las tropas del emperador y del Imperio, falta cuya culpa atribuyó al vacilante y disgustado margrave de Baden, sin tener en cuenta que el ejército de este era escasísimo, pudo el mariscal francés Villars conseguir el casi inesperado triunfo de que Marlborough se retirara sin luchar, abandonando el ataque y encaminándose á los Países Bajos. No fué más propicia la fortuna al príncipe Eugenio que ejercía el mando supremo en Italia. El nuevo aliado del emperador, el duque de Saboya, veíase cada vez más apurado ante las superiores fuerzas francesas que mandaba el de Vandoma: una tras otra fuéronle arrebatadas sus plazas fuertes, y los franceses pensaban ya en poner sitio á su capital, Turin. Los piemonteses y las tropas auxiliares imperiales llevaban en todas partes gran desventaja. En el verano de 1705 salió Eugenio del Tirol y penetró en la Alta Italia al frente de un nuevo ejército compuesto de imperiales y de tropas auxiliares prusianas y palatinas; pero á pesar de los brillantes hechos de armas que con fuerzas insuficientes realizó contra los franceses, muy superiores en número, no pudo atraerse los favores de la fortuna. En 16 de agosto de 1705, el ejército imperial se aventuró en Cassano, junto al Adda, á dar una batalla decisiva contra Vandoma, pero si bien no fué completamente derrotado, por lo menos no pudo impedir que los franceses quedaran dueños del campo. Eugenio hubo de volverse, y aquel combate, en el que sufrió grandes pérdidas, debilitó de tal manera y por tanto tiempo sus fuerzas que por aquel año tuvo que renunciar á toda gran empresa. Gran suerte fué para los aliados que Luis XIV hubiera de distraer entonces una parte de su ejército de Ita-

(4) Los historiadores españoles atribuyen con razón esta victoria á Felipe V, que asistió á la batalla personalmente aunque la acción fué dirigida por el duque de Vandoma. Este, viendo rechazada su izquierda y descompuesto el centro, ordenó la retirada de la infantería y se llevó á Felipe á sitio seguro; pero la caballería mandada por D. José de Amezaga, acometiendo furiosamente á Starhemberg, rompió el cuadro que sus tropas habían formado. El general austriaco pidió una suspensión de armas durante la noche, y aprovechando la obscuridad se retiró camino de Zaragoza y después á Cataluña; retirada que no habría efectuado si hubiese sido vencedor. (N. del T.)

lia para combatir el levantamiento ocurrido en las Cevennes, quedando por tanto aplazado para el siguiente año el sitio en regla de Turin.

Pero precisamente en aquel año de 1706 verificóse un cambio decisivo en toda la línea. En enero encaminóse el príncipe Eugenio á Viena: el desastroso resultado de la última campaña le tenía tan disgustado, que llegó á la corte imperial resuelto á resignar el mando que desempeñaba en Italia, diciendo que estaba pronto á sacrificar al emperador su vida y su hacienda, pero que mil veces peor que la muerte era perder su honor y su reputación ante el mundo (1). Poco antes que él había acudido también á Viena Marlborough para ponerse de acuerdo con el emperador respecto de la próxima campaña. El joven soberano José convino con los dos ilustres generales en que era preciso hacer esfuerzos extraordinarios para reparar las pérdidas de la pasada campaña. Entonces y en los siguientes meses de invierno discutióse minuciosamente el plan que en aquella debía seguirse (2): Marlborough habría querido que se renovase la tentativa fracasada en el año anterior de penetrar en Francia por el Mosela, pero este proyecto fué abandonado en parte por la oposición de los Estados generales de los Países Bajos que estimaban más conveniente á sus intereses, en vez de esta aventura arriesgada, una acción enérgica de Marlborough en Bélgica, y en parte también por la tenaz repugnancia del margrave Luis Guillermo de Baden á entrar en una acción común con el general inglés y por sus indicaciones acerca de la actitud desleal del ejército imperial que tenía á sus órdenes. Resultado de todo ello fué que se desistió de la empresa del Mosela, que Marlborough se encaminó á Bélgica y que el margrave de Baden, que casi solo y con fuerzas á todas luces insuficientes se quedó en el Alto Rin, fué atacado por los mariscales Villars y Marsin con fuerzas muy superiores y rechazado desde Alsacia á la orilla derecha del Rin, desde donde se retiró á sus antiguos atrincheramientos de Buhl y Stohofen (mayo de 1706). La conquista de estas plazas llevada á cabo al año siguiente por Villars fué la señal de una nueva invasión francesa en la Alta Alemania y de nuevas y terribles devastaciones en el indefenso círculo suabio. El infortunado Luis Guillermo no presenció estos últimos desastres: profundamente entristecido, combatido personalmente por todos lados, víctima de injuriosas sospechas y además gravemente enfermo abandonó en octubre de 1706 el ejército, falleciendo algunos meses después (4 de enero de 1707) en su castillo de Rastadt.

La campaña de 1707 comenzó, pues, con próspera fortuna para las armas francesas, pero esto únicamente en el teatro de la guerra del Alto Rin donde los franceses se mantuvieron principalmente á la defensiva, cosa que podían hacer fácilmente gracias á la constante insuficiencia del ejército imperial.

En los puntos donde la lucha revestía carácter decisivo, la victoria fué efectivamente para la Gran Alianza cuyos triunfos influyeron en el curso ulterior de la guerra.

Marlborough, que una vez rechazado su plan de campaña en el Mosela hubiera preferido encargarse en unión del príncipe Eugenio del mando de Italia, tuvo que ponerse, no de muy buen grado, al frente del ejército de Bélgica, donde tenía que habérselas con el ejército francés considerablemente reforzado y mandado por el mariscal Villeroy y por Maximiliano Manuel de Baviera, el primero de los cuales había obtenido permiso de su rey para abandonar el sistema de defensiva generalmente seguido é intentar una batalla campal si para

ello se presentaba coyuntura favorable. El general inglés, ganso de combates y poco amante de las pesadas campañas de maniobras, apenas hecho cargo del mando, aprovechó la primera ocasión que se le ofreció para retar á los franceses á una lucha decisiva. Los dos ejércitos contaban con fuerzas casi iguales, 62,000 hombres el francés y 60,000 el anglo-holandés, incluyendo en esta cifra las tropas auxiliares. El domingo de Pentecostés (23 de mayo de 1706) trabóse la sangrienta batalla de Ramillies, y al ponerse el sol aquel día el mariscal francés, que se creía seguro de la victoria, había perdido la cuarta parte de su ejército y se veía obligado á emprender con el resto de sus fuerzas precipitada fuga hacia los protectores muros de las plazas fronterizas franco-belgas, siendo perseguido sin descanso por Marlborough. La derrota fué tan completa y desastrosa como dos años antes lo había sido la de Hochstadt, y sus consecuencias no fueron de menor importancia. En el transcurso de las siguientes semanas perdieron los franceses la mayor parte de los Países Bajos españoles y una tras otra las más importantes plazas, como Lovaina, Gante, Brujas, Oudenaarde, Amberes, Ostende, Menin y Ath. Los aliados se apoderaron de las mas de ellas sin resistencia, entre las alegres aclamaciones de la población que unánimemente abominaba la dominación francesa. Marlborough hizo su entrada triunfal en la capital, Bruselas, donde como en todas partes se rindió homenaje como rey legítimo al Habsburgo Carlos III. En aquella misma semana entraba este por vez primera en Madrid, pero este éxito conseguido en España fué falaz y efímero al paso que la victoria de Ramillies fué la confirmación decisiva de que los Países Bajos belgas estaban por la dominación de los Habsburgos y no por la de los Borbones. El mismo Maximiliano de Baviera, que en la batalla de Ramillies estuvo personalmente una vez más á la altura de su fama militar, vió perdido en aquella jornada el reino con cuya posesión había soñado (3).

Luis XIV se sintió profundamente afectado por aquella derrota: «El rey — escribía la Maintenon — es grande, pero padece.» Por segunda vez un gran ejército francés mandado por uno de sus mariscales había sido destruido por aquel inglés. El rey de Francia pensó nuevamente en la paz del mismo modo que el año anterior (1705) había intentado, aunque en vano, volver á la idea de un reparto pacífico. Cuantas veces el arte de las negociaciones había acudido al auxilio de sus armas, otras tantas había sabido aprovecharse de las disensiones intestinas de las coaliciones enemigas para separar y enemistar entre sí á sus adversarios. La diplomacia francesa estaba siempre en acecho para descubrir alguna hendedura en el edificio de la Gran Alianza á fin de hacer fuerza en ella y poder de este modo destruirla enteramente. Pero esta vez tales artificios no surtieron efecto (4).

Los jefes de la liga contra Francia no trataban ya, como antes, simplemente de defenderse y resistir, sino que aspiraban á destruir el poderío francés y realizar conquistas. En Inglaterra el partido belicoso de los whigs, con Marlborough y Godolphin al frente del gobierno, contaba con el apoyo de la opinión pública, favorable á la lucha, y con los grandes especuladores y capitalistas cuyos intereses beneficiábanse grandemente con la guerra. ¿Podía el gobierno detenerse en la mitad de su victoriosa carrera y renunciar á todas las ventajas que para el comercio inglés debían esperarse

(3) Maximiliano Manuel acarició durante algún tiempo la idea de poner los Países Bajos belgas, caso de que se apoderara de ellos, en estrecha relación con el Imperio haciéndolos nuevamente círculo borgoñón. Véase Ranke: *Historia francesa*, tomo IV, pág. 179.

(4) Sobre esta tentativa de paz de 1706 pueden verse los detalles en Noorden, tomo II, pág. 420.

(1) Arneth: *El príncipe Eugenio*, tomo I, pág. 337.

(2) Noorden, tomo II, pág. 298.